

MITAD MONJES, MITAD TURISTAS

DEL general de Gaulle nadie podrá dudar su condición de conductor. Y quizás a sus Memorias, o a buena parte de ellas, convenga la teoría que puede leerse en un texto, de nuestro Ramón Sender. El abuelo del novelista aragonés llamó un día a su nieto y le dijo muy preocupado: «¿Es verdad que escribes en los papeles? ¿Y qué escribes?». Contestó Sender que escribía las cosas que pensaba, pero el viejo no se dejó convencer: «Nadie escribe las cosas que piensa, sino las que quiere hacer pensar a los demás».

Un hombre como el general francés obliga a muchos hombres a ciertos pensamientos y a determinadas conductas, incluso sin proponérselo. Su venida a España, acontecimiento que se revalida con la muerte del protagonista, desencadenó entonces en sus conciudadanos una epidemia que algún periódico transpirenaico bautizó como «paradoritis». Ignoro si la contabilidad de estos alojamientos españoles habrá registrado las venturosas consecuencias, pero el ambiente les fue en Francia particularmente favorable después que de Gaulle prefiriera tales acomodos sobre palacios, mansiones y hoteles de talante cosmopolita. Recuerdo el dibujo de un caballero atildado, puesto de rodillas en un reclinatorio frente a una especie de facistol, pero en el mueble litúrgico lo que ocupa el lugar de los salmos es una copiosa lista bajo un epígrafe que dice «Menú». Y otros personajes del chiste, pues de un chiste gráfico se trata, le ponen a la escena hispánica su apostilla: «Es un antiguo convento transformado en parador». La verdad es que bajo el humor del periódico francés lo que reluce es un interés por esta institución genuinamente nuestra. No es que otros países dejen de contar con establecimientos similares. En la propia Francia se puede vivir el sueño de hospedarse en un castillo histórico. Pero nuestra red es muy amplia, casi completa, y a precios que no reservan el disfrute a los millonarios. Por cierto que recorren el mundo unos cruceros USA titulados francamente «de millonarios», y yo no concibo a ningún plutócrata de «por acá» alistándose bajo tan expresiva y descarada bandera.

Alguna vez he pensado en las claves del éxito de los albergues y paradores de España, y sospecho que una puede estar en su estabilidad dentro de la variación. Lo plural está en las condiciones termales, función de paisaje y clima: poético y tamizado el albergue de Villafranca del Bierzo; conventual, el blanquísimo parador de Mérida; castellano -de castillo que es y de Castilla- el casi fronterizo de Ciudad Rodrigo; fuertes muros y cristales dobles en Pajares, frente a la nieve silenciosa de Valgrande; marinero sabor en Benicarló o en Ayamonte... Pero por encima -o por debajo- de esta variedad

atrayente, hay un signo fijo y único que nos entra por los sentidos, aunque no sea fácil de poner en palabras. Los paradores, por ejemplo, huelen todos lo mismo, y huelen bien. El desayuno se asemeja, gratamente, en todos ellos, aunque en La Bañeza sirvan imperiales o mantecadas y en Jaén pestiños. El día discurre despacio y calmo por las estancias y corredores. Y me atrevería a insinuar que sus lechos dispensan sueños de una cierta homogeneidad, sueños más bien castos.

Dándole más vueltas al asunto concluyo que este tono común no proviene principalmente de la decoración y los muebles, que es lo accesorio, sino del elemento humano, que es lo principal.

Los administradores. ¿De dónde salen estos administradores? A alguno de ellos lo he seguido y admirado en la proeza de fijar el estilo de una «fundación» en villa o ciudad pequeña. Al parecer, siempre ocurre lo mismo. Los indígenas lo pasan muy bien curioseando en las obras y criticando -porque de arquitectura, como de medicina, todos sabemos mucho-, además de opinar sobre si el dinero estaría mejor invertido en hospitales, escuelas o residencias para ancianos. Al final, todos contentos, e incluso la presencia local se vuelca hacia lo reciente con un favor que puede llegar a peligroso. En el parador puede entrar todo mundo, y es grata y provechosa la presencia de los convecinos. Pero hay que respetar la preferencia de su misión específica. Que la tertulia perezosa de cada tarde vuelva al casino y la juventud a citarse en la cafetería de los soportales es algo que sucede cuando amaina la curiosidad... y gracias a la diplomacia del administrador. Una clase de verdad meritoria.

Luego, no sería justo olvidar a los subalternos. Las chicas que nos atienden en los paradores tienen siempre algo de común -y para bien-, diría yo que incluso en el tipo físico, y eso que no todas son de Manzanares, aunque si la mayoría.

Yo no sé a los demás, pero a mí, si voy de camino, no me disgusta cerrar la maleta en Zamora y abrirla en Úbeda con la sensación de no haber cambiado de posada. En mi ventana andaluza los chopos serán olivos, pero aquí y allí reconozco el punto donde uno puede sentirse mitad monje y mitad turista, entre la sobriedad y las comodidades.

Y ese algo vago y sutil que acaso pudiera explicar si me lo propusiera...

Pero lo dejo. Lo dejo porque este no es un artículo de propaganda ni de encargo o para concurso, y ni siquiera espero que me valga un desayuno de favor. «Sin la libertad de criticar no hay elogio que valga la pena», sentenciaba Beaumarchais. Y yo quiero guardarme el derecho de impugnar el primer café paradoril que me llegue frío. No faltaba más.

Antonio PEREIRA